

EL AUDITOR
EL DILEMA

MIGUEL ÁNGEL ORTIZ DORADO

“A los que se atreven, a los que escalan
colinas y nos indican el camino”

1 UNA SITUACIÓN CAÓTICA

Carlos se levantó temprano esa mañana, tras otra noche de insomnio, preocupado por su situación actual. Se dirigió a la cocina para preparar un café y, mientras esperaba, observó a la gente pasar por la calle. Se preguntaba cuántas de esas personas estarían enfrentando problemas similares a los suyos.

La búsqueda de trabajo se había convertido en una tarea imposible. A pesar de haber enviado numerosos currículums y realizado varias entrevistas, aún no había encontrado un empleo que le permitiera cubrir los gastos más básicos; como su parte del alquiler del apartamento que compartía con su amigo Pedro.

Había seguido todo tipo de consejos de expertos, intentando mejorar sus posibilidades de conseguir trabajo: identificando sus objetivos profesionales,

planicándolos con antelación, y solicitando ayuda para elaborar su currículum y carta de presentación. Usó todos los recursos de búsqueda de empleo disponibles.

Para cada trabajo al que aplicaba, personalizaba su currículum según la naturaleza del puesto. Investigaba las empresas antes de programar entrevistas, seleccionaba las habilidades y logros más relevantes, y detallaba su experiencia profesional y logros destacados. Además, creaba una red profesional, preparaba ejemplos de sus habilidades, y se preparaba para las entrevistas, haciendo seguimiento después de realizarlas.

A pesar de sus esfuerzos, después de un tiempo en esta situación, comenzó a sentirse desanimado. Parecía que había barreras infranqueables a su alrededor que lo aislaban constantemente, tras tantos currículums y entrevistas sin éxito.

El pesimismo se apoderó de él y aparecieron señales de ansiedad. Comenzó a pensar que tal vez había algo malo en él, que no podía percibir, pero que los demás sí notaban. Los episodios de in-

somnio, irritabilidad y frustración se hicieron frecuentes. Su ánimo se había convertido en una bomba de relojería que podía explotar en cualquier momento.

Después de tomar su café, se sentó en el sofá y encendió su ordenador portátil. Revisó su correo electrónico y vio que aún no había recibido respuestas a las entrevistas de la semana anterior. Suspiró profundamente y decidió enviar más currículums.

Mientras buscaba nuevas ofertas de trabajo en línea, Pedro, su compañero de piso, entró en la sala. Carlos intentó ocultar su preocupación, pero su amigo lo notó de inmediato.

—¿Cómo estás? No tienes buena cara—preguntó Pedro.

—No he dormido bien.

—¿Todavía no te han contestado de ningún trabajo?

—Así es, y no sé cómo voy a pagarte mi parte del alquiler este mes. Y lo que te debo del mes

pasado.

Pedro le dio una palmada en el hombro.

—No te preocupes. Encontrarás algo pronto, estoy seguro.

Carlos sonrió débilmente, pero no estaba convencido. Había enviado tantos currículums y realizado tantas entrevistas sin éxito que comenzaba a perder la esperanza.

Pedro se sentó junto a su amigo, intentando animarlo.

—Debes seguir intentándolo. Tarde o temprano conseguirás algo, estoy convencido. Tú vales mucho, y no te lo digo solo por ser tu amigo. Tu preparación para el puesto es inmejorable.

—No es tan sencillo, Pedro. Empiezo a pensar que quizás hubiera sido más fácil aceptar la oferta de mi padre y quedarme en el pueblo llevando el bar.

—¿Es eso lo que quieres?

—No, está claro que no, pero después de varios meses en esta situación, tal vez debería replan-

teármelo.

—Creo que debes seguir luchando por lo que quieres hacer. Te has preparado mucho para renunciar ahora. Te conozco y no te veo tirando la toalla tan pronto.

—Veo que has preparado una cafetera —dijo Pedro, mirando su reloj—. Será mejor que tome un café y me prepare para ir al instituto. Solo faltaría que perdiera también mi trabajo. Entonces sí que estaríamos ante una situación difícil.

Después de que su compañero abandonara el apartamento, Carlos volvió a sus pensamientos. Recordaba cuando salió del pueblo y las conversaciones con su padre. El gran esfuerzo que todos hicieron por él, pagando sus estudios de empresas y el máster. Dejó su casa en el pueblo, migrando a la ciudad, buscando una nueva vida que se adaptara a sus ideales y cumplir sus propios sueños.

Carlos siempre quiso ser auditor. Creía que sería más fácil conseguir trabajo con una buena preparación. Se había esforzado durante años en conseguir las mejores menciones y calificaciones. Pen-

saba que pronto recogería los frutos de su esfuerzo. Pero, de momento, su situación no era como había planeado. Empezó a sentir temor en caer en una profunda frustración y que todos sus sueños se desvanecieran.

Repasaba los datos una y otra vez. Pensó que quizás debería opositar, lo que significaba más tiempo y dedicación, algo que no tenía. Tampoco quería acudir a su padre para que continuara subvencionando sus estudios. Solo necesitaba un golpe de suerte; entre todas las solicitudes, alguna tenía que salir.

Lo que el joven no sabía era que estaba a punto de vivir un giro en su vida que cambiaría su situación actual. Muy pronto recibiría una llamada que transformaría su rutinaria existencia y lo llevaría a experimentar sensaciones y situaciones que nunca hubiera imaginado.

2 LA LLAMADA

Eran las diez en punto de la mañana cuando el teléfono móvil sonó, iluminando la pantalla. El número no era conocido, pero pensó que podría ser la respuesta a alguna de las solicitudes que había enviado. No podía arriesgarse a perder una posible oportunidad. Con este pensamiento, se apresuró a contestar:

—Carlos al habla, dígame...

—¿Hablo con Carlos Ramírez? —preguntó una voz femenina al otro lado.

—Él mismo.

—Hemos recibido una solicitud por su parte para el puesto de auditor, ¿es correcto?

—Sí... Muy correcto —contestó con un ligero temblor en los labios.

—Estaríamos interesados en mantener una entrevista con usted. ¿Podría ser hoy mismo a las 13:00 horas?

Carlos no podía creerlo. Tuvo que contenerse para no responder solapando las palabras de la interlocutora:

—Por supuesto, ¿podría indicarme qué empresa es la demandante y comentarme algo sobre las características del puesto?

—Todo a su tiempo, caballero. Convendrá usted conmigo en que no es conveniente hablar de eso por teléfono. Le enviaré por WhatsApp la dirección. Nos veremos a las 13:00 horas. Por favor, intente no llegar tarde.

Cuando terminó la llamada, comenzó a notar una sensación electrizante recorriéndole todo el cuerpo, desde las uñas de los pies hasta el cabello. El nerviosismo se apoderó de él como una mariposa que revolotea en el estómago y no deja de aletear. A

pesar de que todavía tenía tiempo de sobra para prepararse, sintió la necesidad de repasar una de las estrategias que tanto había practicado, anticipándose a una situación como esta.

Esta podría ser su gran oportunidad y no la iba a dejar escapar. Dudó si debía telefonar a su amigo Pedro, pero luego pensó que sería precipitarse demasiado; al fin y al cabo, solo se trataba de una entrevista de trabajo. Una vez realizada, habría tiempo de hacer valoraciones.

Ahora tenía que elegir la ropa que iba a llevar. Eso fue algo que le resultó bastante sencillo de resolver, ya que solo conservaba una chaqueta decente y poco más, por lo que en este aspecto no tuvo ninguna duda. Se acicaló como pudo, de la mejor forma posible, para tener un aspecto agradable.

Media hora antes de las 13:00 horas, Carlos se encontraba en la puerta de entrada de la dirección que le había proporcionado la persona con la que había hablado por teléfono: un magnífico y lujoso edificio en una de las calles más privilegiadas de la ciudad. Quedó mirando fijamente la puerta, pregun-

tándose si debería subir con tanta antelación. Esto implicaría un gran interés por la entrevista. ¿O quizás sería mejor entrar con tan solo cinco minutos de antelación? Este dilema, tan simple, se dilató tanto que, cuando quiso darse cuenta, el tiempo se había esfumado de tanto pensar. Decidió, por fin, pulsar el botón del timbre de la lujosa puerta de madera noble a las 12:55 horas.

Le recibió una mujer joven, elegante y atractiva, mostrando un gesto intermedio entre la aceptación y la curiosidad. Al joven auditor no le habían dado ningún nombre de referencia para la entrevista y ella tampoco le preguntó el suyo para comprobar su identidad. Solo presumió que era la persona que esperaba y, mirándole fijamente a la cara, le invitó a pasar a un despacho.

Una vez que Carlos se acomodó, la mujer se presentó como Elena, la interventora general de las empresas de Juan Iriarte, S.A.

—Encantado —respondió Carlos—. ¿Supongo que es usted la misma persona con la que he hablado por teléfono?

—Exacto. También soy la única responsable de contratación. Mi entrevista será única y previa a la de Don Juan Iriarte, siempre y cuando, todo transcurra de manera positiva.

—Bien...—contestó Carlos, tomando aire y expulsándolo durante unos segundos, como si de un chequeo médico se tratara— ¿Ha podido usted revisar mi currículum?

—Por supuesto, y tengo que decir que es extraordinario. Sus calificaciones, así como las menciones, son inmejorables. Creo, sin lugar a dudas, que sobre el papel es usted un candidato óptimo para el puesto que necesitamos. Tan solo nos faltaba conocerlo en persona, y todo indica que se están corroborando todas las expectativas que teníamos de usted.

—¿Podría ahora conocer algo más sobre el puesto de la vacante?

—Claro que sí. Necesitamos un auditor. Justo lo que es usted, ¿no es así?

—Cierto, como puede ver en el currículum, tengo estudios de empresas y un máster en auditoría. Si no les importa, me gustaría saber algo más acerca de su empresa. El anuncio que publicaron era algo escueto. Creo que hablaba de un grupo de empresas de distintas actividades. ¿Exactamente dónde quedaría encuadrado el trabajo?

—El trabajo sería para las empresas familiares de Don Juan Iriarte, las más cercanas a él y por las que tiene una especial predilección. Verá usted, Don Juan quiere hacer algunas transformaciones en ciertos aspectos estratégicos de la empresa y, antes, necesitamos que pasen una auditoría. ¿Qué le parece?

—Bueno, en este caso, lo normal hubiera sido recurrir a un grupo de consultorías. Yo pensaba que era un puesto para una determinada empresa, ya sabe, como un empleado más.

—Y así es, usted será un empleado del señor Iriarte, como lo soy yo. Es un hombre muy exigente con sus empleados. El hecho de que se le haya seleccionado se debe precisamente a que cumple con el perfil deseado para este trabajo. Solo me faltaba

comprobar si es usted una persona discreta, a la que se podría confiar un secreto, y reconozco que, de momento, tengo buenas vibraciones; es decir, que me ha impresionado positivamente.

—¿Sabe usted cómo son las personas solo con mirarlas y conversar un momento?

—Así es, esta es precisamente mi especialidad. El lenguaje no verbal y la mirada son la mejor fuente de información; hablan por sí mismas.

—Bueno, por mi profesión tengo que ser bastante reservado y... sí, creo que ese puede ser uno de mis puntos fuertes.

—Entonces estamos de acuerdo. Creo que hemos acertado seleccionando su candidatura. Estoy segura de que, si Don Juan Iriarte así lo decide, hará usted una excelente carrera con nosotros. Quizás le parezca extraño, pero por mi parte no necesito saber más de usted. Salvo que quiera realizar otra pregunta, yo no le haré ninguna más.

—Bien... La verdad es que no se me ocurre nada más en este momento. Muchas gracias por

todo, espero que me llamen pronto; me encantaría poder ser yo el elegido.

—Perfecto, recibirá noticias mías muy pronto y, en el caso de que sean positivas, será recibido por Don Juan Iriarte en su residencia personal. Es así como él quiere que se hagan las cosas. Hasta entonces, le sugiero que se relaje y disfrute el resto del día.

Carlos abandonó el despacho, acompañado hasta la puerta de salida por la amable entrevistadora.

Al salir a la calle y pensar de nuevo en la entrevista, se sintió un poco extraño. La persona que lo contactó parecía muy interesada en contratarlo, pero no le dio muchos detalles sobre el trabajo en sí. A pesar del halo de misterio que rodeaba al trabajo, El joven solo deseaba que le llamasen para contratarlo. Tenía la sensación de haber estado todo este tiempo escalando y, por fin, ver la cima de la montaña cada vez más cerca.

Al llegar a casa, Pedro, su compañero de apartamento y amigo, se afanaba, no sin alguna dificul-

tad, en abrir unos envases que contenían comida china.

—Llegas a tiempo, creo que he debido de comprar tallarines para un regimiento.

Carlos se encontraba como un volcán antes de entrar en erupción; no podía contenerse ni un minuto más, necesitaba compartir la noticia con su amigo.

—Pedro, he tenido una entrevista, precisamente vengo de allí.

—Ya te lo he notado, tienes chiribitas en los ojos —dijo Pedro mientras preparaba con cubiertos y servilletas de papel una improvisada mesa para comer—. ¿Por qué no me has llamado?

—Solo se trata de una entrevista, nada más. Pero creo que he dado una buena impresión. Han quedado en llamarme pronto.

—¿Y el trabajo, en qué consiste? ¿Se adapta a lo que tú quieres?

—Supongo que sí, necesitan un auditor. La verdad es que no hemos hablado mucho de eso.

—¿No habéis hablado del trabajo en una entrevista de trabajo?

—Quiero decir que no hemos profundizado. Solo sé que necesitan un auditor para sus empresas familiares. Si me llaman, tendré que ver al propietario en su finca particular. ¿No te parece extraño?

—Bueno..., un poco sí, pero la gente con pasta es así de estrafalaria. Lo importante es que tienes una oportunidad. Estoy seguro de que te va a salir algo importante, te lo dije esta mañana, y yo nunca me equivoco.

—Ojalá tengas razón —contestó Carlos, mientras tomaba asiento y miraba lo que había traído su amigo de comida.

—¡Vamos! —dijo Pedro—. Comamos, que los tallarines se enfrían.

Carlos y Pedro siguieron hablando de las posibilidades del primero durante toda la comida. Era la novedad del día.

Había transcurrido apenas una hora desde que los dos amigos habían terminado de comer. Carlos se